

LA JUVENTUD ANTE UN MUNDO CAMBIANTE

Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder.

Mateo 5:14.

Distinguidos jóvenes creyentes en Jesucristo:

Jamás en la historia del mundo se han operado cambios tan sorprendentes como los que experimentamos en los días que corren. Los adelantos continuos en casi todas las actividades que el hombre realiza nos colocan como seres en constante movimiento y como parte de una situación muy compleja. Esto nos obliga a reflexionar sobre nuestra función en el mundo de hoy, máxime cuando creemos que somos poseedores de aquella luz orientadora que recibimos de Cristo, y que no se puede esconder so pena de dejar al mundo en la obscuridad.

Si todo se modifica ante el imperativo del cambio, es ineludible que ubiq^uemos nuestra responsabilidad y cumplamos con nuestras obligaciones. Tenemos que tomar en serio nuestro destino, no en el sentido fatalista, sino destino como el caminar hacia la meta que dejó nuestro Redentor. El joven no está diferido ni desligado de lo que sucede hoy; por lo contrario, el reclamo de la hora lo obliga a ponerse en marcha para construir y ser sal de la tierra.

Hay una palabra que se ha constituido en la moda del pensar pesimista de muchas personas. Es la palabra crisis. Si nos referimos a la etimología de esa palabra, encontramos que ella conlleva una carga de optimismo, pues el término significa juicio. Es muy cierto que en la crisis existe el peligro del retroceso, de la angustia destructora, del renunciamiento a la actividad creadora. Pero, por otra parte, puede ser dinámica de adelanto, de angustia auténtica, como la angustia auténtica de la madre que padece con dolores, pero ^{que} se goza porque ha dado un nuevo ser al mundo. En la hora de la crisis uno no se queda dónde estaba: o retrocede, o adelanta. Y el cristiano vive la agonía del que va hacia adelante, porque sabe vencer las fuerzas destructoras que se oponen en su camino.

Hay un dicho muy significativo que reza así: a gravísimos problemas, grandes soluciones. Indudablemente, todos los sectores de la sociedad moderna tienen algo que aportar para encontrarle salida a las dificultades con las que se confrontan. El problema es uno de adecuación, o sea, conseguir la medicina adecuada para el mal que se experimenta. Sucede a veces que el remedio que se aplica es tan tóxico, que en vez de conjurar una crisis, la empeora. Sarcásticamente, es decirle a uno que padece de dolor de cabeza, que resolverá su enfermedad cortándose la cabeza. Por ejemplo, hay quienes abogan porque se le dé libertad al hombre para que haga lo que mejor le parezca, pero cuando empieza a hacer todo lo que le parece, pierde su libertad, porque no se puede vivir haciendo lo que a uno le venga en gana, porque eso destruye al ser.

Uds., como jóvenes creyentes en Jesucristo, tienen la mejor aportación para conjurar las crisis, porque sois luz. No olviden, que ser cristiano no es meramente nacer en una cultura cristiana. Tampoco lo es recitar de memoria las Sagradas Escrituras y conocer al dedillo la historia de la iglesia. No lo es participar en las diarias actividades de la congregación, ni aún predicar la Palabra de Dios. En la Biblia eso lo hizo un asno. Ser cristiano es transformar la vida en todos sus detalles mediante un enfrentamiento con Cristo, de modo que uno no vive ya, sino que la vida de Cristo se adentra en uno, y en uno Cristo es siempre un contemporáneo. Cuando esto sucede, se mejora la cultura, se entiende mejor la Sagrada Biblia, se participa en la vida de la congregación para relizar una tarea creadora, se predica con el testimonio de la vida, y así la palabra se hace vida y se hace espíritu. Así, el joven se hace un ente valorizador, un instrumento refinado. Recordad que una mente en estado de perversión, una personalidad basada en el egoísmo, la idea de seguir la línea de menos resistencia, preferir la vida plácida de menor significado, y las cosas fáciles para no pagar el precio que demanda toda conquista de valor; todas estas cosas no son las fuerzas que constroen, sino fuerzas que destruyen. Aquí no se es luz, sino tinieblas.

Hace muchos años, un gran sabio nacido en Cilicia, allá por el año ocho de nuestra era, postuló la verdad ^{suprema} ~~mejor~~, pero una de

esas verdades que se enuncia mucho y se entiende poco. El dijo que el cuerpo es el templo del Espíritu Santo. Aún en la fragilidad natural de nuestro ser, ya que en parte somos de arcilla y de barro, residen fuerzas insospechadas, poderosísimas, que nos capacitan para hacer este mundo mucho mejor de lo que es. Pero nadie se gloríe que esas fuerzas son suficientes, ellas se hacen suficientes cuando están dirigidas y asistidas por el espíritu de Dios. Toda autosuficiencia lleva al orgullo, el orgullo lleva al desprecio de las verdaderas fuerzas creadoras, y el desprecio a las fuerzas creadoras lleva a la ruina. El joven cristiano tiene que tener la mente iluminada, esclarecida, pero a la vez tener el corazón encendido. No basta con sentir, hay que actuar con entendimiento, pero con entendimiento y sentimiento de lo alto.

Mucho se ha dicho de la juventud. El joven representa el entusiasmo, pero hay que cuidarse porque puede ser entusiasmo adulterado. Nada más plausible que el entusiasmo creador, el que se canaliza hacia los logros sanos y útiles a la comunidad. El joven representa la aventura. Y la aventura mayor de la existencia es entregarse al Señor. ¿Por qué? Cuando uno quema sus naves para ir en la nave del Señor, uno deja de ser capitán, y se entrega al Capitán cuya nave está llena de promesas. Pero esas promesas son arriesgadas frente a un mundo en deterioro, porque el mundo en su desesperación, que no ha buscado la salida correcta, nos pagará con el desprecio y la burla lo bueno que por él queremos hacer. Además, las promesas de Jesucristo no son deducibles, ni descansan en una lógica, ni las podemos ubicar en una ecuación que, paso a paso, se va a resolver. Las promesas de Cristo descansan en una obediencia única, en un decir que sí, sin saber a dónde vamos. La naturaleza de Cristo es la garantía, que en Él tendremos vida eterna. Ahora podemos decir, que por más negra que se presente la situación, por crítica que sea, Dios sigue siendo el conductor del mundo. Pero para decir esto tiene uno que estar metido en el barco con Jesucristo, único Capitán. El joven representa la vida en su mayor floración. Cuando Darío la llamó "divino tesoro". Dios siempre ha pedido lo mejor. No quiere lo que sobra, porque eso es un insulto a su dignidad. No quiere haber aplazamiento. No se le dice; espera.

La portada del programa de esta noche.

Cuando la vida florece, debe florecer bajo el amparo y bajo la perspectiva divina. ¡Ay de aquél que dice: Señor, después que goce la juventud te seguiré! ¡Ay de aquél que dice: Deja que entienda a mi padre y a mi madre para luego seguirte! ¡Ay de aquél que dice: Déjame disfrutar mi riqueza, porque ella me posee en vez de yo poseerla a ella! No señores. A Dios se le da el vigor, la lucidez mental, la agilidad, en suma; todo lo que poseemos en su máxima desarrollo.

¿A quién le está dando ^{hoy} la juventud lo mejor de su existencia? Yo no quiero contestar esa pregunta. Leed los rotativos. Leed las revistas. Acudid a los teatros. Preguntad en que se invierte todo lo noble y lo grande que hay en muchos jóvenes. Entendedme bien. No queremos decir que el joven sea pasivo. Debe estar presente allí donde lo reclame el Señor, aunque sepa que su vida peligra. Esa es parte de la aventura. La cuestión no es lo que hace, sino para quién lo hace. El joven vive para ser testigo, y ser testigo es ofrecerse en holocausto cuando las circunstancias y el requerimiento de Dios así lo exijan. La juventud cristiana tiene una función auténtica, legítima, seria. (*Caso del senado romano*)

La juventud no vuelve. Sólo se le vive una vez. De ella siempre se espeña grandes cosas.

Cristo dijo a una multitud, que ella era la luz del mundo. Y en esa multitud van Uds., jóvenes que habéis entregado todo el ser, a Dios. Tened presente que debéis hacer como las vírgenes vestales en la religión romana, tener siempre la luz encendida y que no se apague. Pero en el contexto de la religión romana, la luz era el fuego material, que si por alguna casualidad se apagaba, el hogar caía en la mayor de las desgracias. En el contexto del cristianismo la luz es Cristo, que si lo dejáis apagar, no sólo Uds., sino también la humanidad entera, puede caer en la mayor de las desgracias, porque un mundo sin Dios, es un mundo muerto. Que vuestro fulgor sea como una ciudad asentada en un monte, que no se puede esconder.